



Andes

ISSN: 0327-1676

saramata@unsa.edu.ar

Universidad Nacional de Salta  
Argentina

López, Irene

Reseña de "Historia social de la ilustración" de Thomas Munck

Andes, núm. 15, 2004, p. 0

Universidad Nacional de Salta

Salta, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12701514>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## HISTORIA SOCIAL DE LA ILUSTRACIÓN

Thomas Munck. Barcelona,  
Crítica, 2001, 340 páginas.

A lo largo de nueve capítulos Thomas Munck desarrolla diversos temas relativos a los aspectos socio-culturales de la Ilustración, tales como las formas de comunicación y la divulgación de las nuevas ideas y del reformismo durante el siglo XVIII con la consecuente formación de una “opinión pública”.

Su estudio está centrado sobre todo en Francia, Inglaterra, Escocia y algunas zonas de la Europa protestante, fundamentando tal elección la existencia en esos lugares –sobre todo en las ciudades- de una alfabetización básica generalizada en todas las clases sociales no sólo entre los hombres sino también entre las mujeres.

A diferencia de otros estudios sobre la Ilustración, centrados especialmente en las culturas de élite, a Munck le interesa el impacto de las ideas reformistas en todos los estratos sociales y, sobre todo, los medios que hicieron posible su difusión. Es así que pasa revista a distintas formas de comunicación social y cultural: las fiestas y ferias populares tanto en las ciudades como en el ámbito rural, las diversiones públicas y el teatro, el rol de los espacios de reunión y debate (el “Salón”, los cafés, las sociedades), la función comunicativa a través de la pintura, el grabado y la música, el surgimiento de bibliotecas y clubes de lectores y, finalmente, el notable desarrollo de la prensa periódica.

Toda esta amplia gama de cuestiones conducen al autor a modificar algunas certezas y nociones con las que generalmente se estudia este complejo y heterogéneo período conocido como “Ilustración” o “Las Luces”. En primer lugar, el autor prefiere no hablar de “una” Ilustración sino de muchas, en tanto conjunto de corrientes distintas y a veces hasta incompatibles. A pesar de esta postura, también acuerda con el concepto general de que se trata de una época de cosmopolitismo y universalización que se manifiesta claramente en la conciencia de los intelectuales de pertenecer a una “República de las Letras”. Señala así la coexistencia de una tendencia de carácter nacional junto a otra de orden cosmopolita y considera que la Ilustración se manifestó en primer lugar como una “actitud” o predisposición del individuo.

Otro de los conceptos cuestionados es el de “despotismo ilustrado” o “absolutismo ilustrado” ya que las relaciones entre los progresistas europeos y el poder fueron muy heterogéneas. En este aspecto señala que, a diferencia de los fisiócratas –que efectivamente influyeron en el poder político-, los *philosophes* franceses fueron considerados “outsiders” del sistema ejerciendo influencia más bien a través de la crítica y su proyección en la opinión pública.

Entre otras problemáticas, analiza también las diferencias y distancias entre la cultura popular y la de élite; las relaciones e interacciones entre espacios urbanos y rurales; y los límites de lo que se denomina “esfera pública”.

Aunque señala la importancia de la tendencia universalizante y cosmopolita que impulsa la Ilustración, Munck adhiere a las últimas investigaciones realizadas sobre las diferencias regionales y nacionales en su difusión y no intenta homogeneizar las variedades y particularidades de cada lugar. Para ello realiza exhaustivos estudios en los que la composición social, el grado de alfabetización, las variables económicas, la mayor o menor concentración del poder político, y las creencias religiosas constituyen parámetros que marcan las diferencias regionales antes señaladas.

El capítulo 2 expone las problemáticas que enfrenta el investigador en el estudio de la cultura popular. En primer lugar, se plantea un problema de “fuentes”: el historiador posee suficientes datos sobre las clases altas pero casi nada acerca de las más bajas y menos aun sobre las mujeres; se topa entonces con una seria insuficiencia de datos que permitan estudiar la difusión de la Ilustración fuera de los círculos selectos y letrados.

Un segundo problema consiste en la corriente utilización del concepto de “cultura popular” frente al de una “cultura de elite” ya que, según las investigaciones más recientes, el alto grado de interacción entre las divisiones sociales torna relativa y compleja tal distinción.

Todo esto sumado a la falta de datos complejiza aun más el panorama cuando se corrobora que los vestigios de la cultura oral sobrevivieron en la medida en que alguien decidió transcribirlos –obedeciendo, para ello, más a razones comerciales que de otra índole. Por lo tanto los datos a los que puede acceder el investigador son indirectos: son testimonios transcritos según los criterios de personas externas a esa cultura popular. Lo mismo ocurre con los folletos, opúsculos y otros formatos de libros económicos, que eran escritos para el pueblo, pero no por el pueblo.

Por todos estos motivos, y porque además no puede establecerse con certeza quiénes compraban y leían estos libros, el autor considera muy problemático utilizar este material como muestra de la cultura popular y menos aun como un indicador del grado de recepción y difusión de las nuevas ideas. Por lo tanto propone que el análisis de la acción e interacción de la sociedad rural, de la fe y la observancia religiosa, del uso del espacio abierto en fiestas, procesiones y animaciones callejeras, como así también de las fiestas públicas y el teatro posibilitará extraer datos para reconstruir la cultura popular y el contorno de los sistemas de valores compartidos.

En el mismo sentido que el ya señalado por Mijaíl Bajtín, Thomas Munck considera que las ferias y fiestas populares cumplían diversos roles entre los cuales no es de menor importancia el constituir una válvula de escape de la tensión social gracias a la inversión carnalesca de las normas. Fuera de ese espacio, la acción colectiva tendía a reaccionar contra la novedad y contra lo que se percibiera como una variación de la norma aceptada. Esta constatación lleva al autor a concluir que la transmisión de las nuevas ideas en los espacios rurales hubo de ser lenta y parcial, por lo que nada parece indicar que se hubieran integrado innovaciones merecedoras del nombre de “Ilustración”.

El Capítulo 3 se detiene en las formas de comunicación y de interacción social que a lo largo del siglo XVIII experimentaron una evolución definida e intencionada: el

desarrollo de la alfabetización, la diversificación de las estrategias educativas, la creación de nuevos espacios y formas de comunicación y la configuración del entorno que favoreció esta evolución. Todos estos temas han sido discutidos ampliamente por la última historiografía, sobre todo respecto al desarrollo de la alfabetización ya que en este punto existe un acuerdo generalizado aunque no se explica cómo y por qué se produjo este avance.

En cuanto a las formas de difusión, Munk se detiene tanto en aquellas que se valen de la palabra impresa como de la expresión oral, visual, pictórica, artística y la interacción cultural en general como formas de comunicación e intercambio. Sostiene además que la cultura oral y la de la alfabetización no se desarrollaron en mundos desconectados sino que dieron pie a solapamientos e interacciones mutuas. Analiza por ello tanto el rol de las fiestas, de la educación religiosa, de las procesiones y ferias, de los salones, de los incipientes conciertos públicos, de los grabados y de la pintura, de las tabernas, de las Sociedades, Academias y Bibliotecas como de la prensa periódica y los libros. Al respecto señala que en toda Europa se había desarrollado una larga tradición que reforzaba mediante imágenes el mensaje de la letra impresa, y que los mensajes visuales solían transmitirse bajo la forma de grabados en madera o cobre. Estos grabados se utilizaban para los mapas, las ilustraciones de libros de lujo y la impresión musical de calidad, y también desde el siglo XVII se había utilizado para la propaganda política y la crítica social. La xilografía, que era económica, se usaba con frecuencia en los papeles volantes y en los libros poco costosos.

El “Salón” se convirtió en un acontecimiento bienal con entrada libre y sin restricciones y fue abriendo camino a las novedades estilísticas y temáticas, a la vez que favoreció e incrementó el contacto entre pintores, permitió el acceso del gran público y no sólo de la élite al arte y fue un foco de reseña crítica. Además también fomentó el comercio de arte: el interés público se generalizó lo suficiente para que los coleccionistas y los entendidos lograran beneficios considerables gracias a las exposiciones y la venta de entradas; esto también aumentó la oferta destinada a un público de mayor diversidad social.

Los espacios de reunión, conversación y debate, como las cafeterías y las tabernas, devinieron en el XVIII un factor habitual de la animación de la vida urbana, aunque sin ignorar las barreras del status económico y social. Se incrementan así dos tendencias: por un lado, la moda de reunirse para tomar té, café o chocolate; por otro, la ingesta de alcohol fuera del domicilio. Paralelamente también adquirieron funcionalidad como lugar de comunicación y esparcimiento de la gente relativamente acomodada, ya que los más ricos tenían su propia red de establecimientos.

La moda del siglo XVIII favoreció sobre todo a los “salones”, encuentros y comidas semanales de carácter oficioso y estudiadamente informales en los que la admisión era un valioso privilegio social y que, sobre todo en París, fueron un pilar importante de la vida intelectual. Otra iniciativa fue el *musée* que procuraba combinar la informalidad estudiada de los salones con el enfoque más sistemático de las sociedades organizadas.

Los conciertos también ganaron protagonismo. A mediados del XVII comienzan en París los primeros conciertos organizados fuera de la Corte y los círculos

aristocráticos pero fueron esporádicos hasta que Philidor inició en 1725 la serie de “concerts spirituels”, diseñados para las fiestas de la Iglesia cuando la Ópera estaba cerrada; eran muy exclusivos, celebrados en el entorno suntuoso de las Tullerías y costeados con entradas onerosas. En la década de 1770 surgieron series de conciertos por suscripción pero la audiencia tampoco se mezclaba en ellos de modo significativo. Durante un tiempo la música quedó relegada a la categoría de entretenimiento. Solo a partir de 1780 cuando Gluck emprendió la búsqueda de un estilo operístico más auténtico y persuasivo, se reconoció de nuevo la fuerza del arte musical.

En Londres, con la transformación de los Jardines de Vauxhall en la década de 1730 se celebraron varios conciertos informales que pretendían atraer a una audiencia socialmente heterogénea gracias a los precios bajos y a la interpretación de programas populares. Por el contrario, los conciertos de la Academia de Música Antigua eran para iniciados: en ella se interpretaba la tradición musical de los últimos 150 años y se animaba a los aficionados con talento a participar junto a los profesionales. A pesar de esta diversidad prometedora parece ser que la organización de conciertos del West End (la zona de Londres que dictaba la moda) fue tendiendo hacia la comercialización, con la presencia de intérpretes más famosos, costes de entrada y suscripción más elevada. Durante la segunda mitad del siglo, la pujante situación económica parece haber fomentado una gradación social consciente de las artes y con ella la separación más estricta entre los músicos profesionales por un lado y por otro la audiencia y los aficionados entusiastas.

Los tres últimos capítulos analizan las dudas, ambivalencias e incoherencias de las iniciativas gubernamentales en cuanto a la reforma ilustrada, mientras que las conclusiones dan cuenta más bien de las contradicciones inherentes al movimiento ilustrado. Así, muchas de sus ideas y proyectos básicos eran incompatibles con la estructura profundamente convencional y no igualitaria de la sociedad dieciochesca.

Finalmente, Thomas Munck concluye que todas las vías de acceso a las nuevas ideas fueron paulatinamente despertando en la conciencia social, más allá de los selectos círculos letrados y de élite, la necesidad y posibilidad de cambios políticos en el terreno político y social.

Irene López  
CIUNSa-UNSa